

## Páginas Escogidas

## Los animales hablan

Por Alvaro Yunque

## Caso.

La cabra encontró unas hojas de La Iliada, y se las comió. Pero no baló en verso.

..

## La madre.

La incubadora a la gallina seguida de diez pollos:

—¿Y por haber tenido diez hijos vas tan ufana? Yo tengo cientos y hasta miles de hijos. Si el ser madre te enorgullece así, ¿qué puedo sentir yo que soy cien veces madre todos los días?

La gallina: —Poné un huevo.

..

## La estrella en el charco.

En un charco de agua se reflejaba una estrella. Llegó un cordero y, enturbiando el agua del charco, gritó, satisfecho: —¡Me la he comido!

## La ausencia del periódico por unos pocos días

Por Miguel S. Ayala

Claro que se merecen los periodistas sus días de asueto; son humanos y tienen derecho a disfrutar del jolgorio social y del festejo ciudadano, aunque sabido de todos es que el intelectual siempre trabaja.

Bueno. Si nos falta el agua, salimos con el cántaro a buscarla en donde pueda fluir y cantar. Las línfas puras, cristalinas y mansas son en casa un tesoro inapreciable. Aguante sed un tan solo momento y me dará la razón. El agua es un elemento indispensable doquiera viva el hombre.

Si nos falta la energía eléctrica corremos al teléfono a poner en aprietos a don K-Listo Kilovatio. No soportamos por largo tiempo las tinieblas de un apagón por muchas causas. En última instancia, si don K-Listo se comporta con negligencia, pues encendemos la Coleman o una vela de estearina o una tusa o un trozo de cocote. La cuestión es que anhelamos un poco de claridad en nuestra vivienda, si quiera para ver por donde andamos.

¿Y si nos falta el pan, el azúcar, la leche, la fruta o cualquier otro alimento? Y, ¡ay de nuestro corazón desesperado ante el reclamo inocente de nuestros hijos a quienes hasta podría dolerles el estómago de sed, de hambre, de necesidad!

Ciertamente la lectura no es tan indispensable como el aire, como el pan y como el agua; pero, ¡cómo nos hace falta el periódico nuestro, el mejor mensajero de la mañana! Sentimos la ausencia de la noticia escrita. Lamentamos no contar con el placer de sumergirnos cuantas veces queramos en la atmósfera ideológica de los editoriales, y es porque ya nos hemos habituado a recibir una bandeja de ideas frescas, un rebosante vaso de opiniones, un cáliz de temblorosas emociones. El periódico no es el pan de la mesa, pero es el trigo de nuestra mente; no es el aire del éter, pero es el oxígeno del espíritu; no es la luz de la sala, pero es la claridad de la conciencia; no es la sal en el salero, pero es el condimento de nuestro intelecto.

Durante las vacaciones de Semana Santa y de los festejos agostinos nos falta el periódico por unos cuantos días y éstos nos resultan siglos. Para remediar "el mal" los hambrientos de ideas y de noticias casi que nos convertimos en coyotes enjaulados, caminando para uno y otro lado sin paz, sin sosiego y sin consuelo. Como frustrados y enfermos de ansiedad repasamos la lectura de los periódicos antiguos ya amarillentos y casi rotos —como quien dice paladeamos la sorna de los vinos añejos— y corremos a nuestra colección de recortes guardados por allí cuidadosamente. Nuestra vida moderna, pese a sus panduras y a sus grandes desaciertos, y acaso

— Pasa a la página 36 —

## Dos pensamientos a Colombia

Por Julián Zamora Dobles, embajador de Costa Rica.

Un peregrino más...

Yo estuve aquí, San Pedro Alejandrino, no hace mucho tiempo. Y no vine solo, vine con alguien que fue como el puente, más bien el hilo tenue pero fuerte, que trajo hasta mí el mensaje de Bolívar. No lo había sentido antes de manera íntegra, sólo lo había estudiado y estudiar es mucho más superficial que sentir.

Hoy oigo otra vez aquel mensaje: "Un peregrino más, Bolívar, viene hasta aquí a pedirte inspiración para los destinos de América..."

Cubierta con la bandera de Colombia veo aquí, San Pedro Alejandrino, la cama en que se lanzó hacia la eternidad el que da inspiración al peregrino. Veo el reloj: la 1:03 p.m. Veo el escritorio en que se dio un testamento al hombre colombiano.

"Un peregrino más, Bolívar..." Un peregrino más entre miles y miles, grandes y pequeños. Es hora de preguntarse hoy, quienes han entendido, San Pedro Alejandrino, el mensaje del que salió de ti para albergarse en lo eterno. Si se hubiera entendido, América Latina no padecería la injusticia y las horribles fronteras serían paso amplio en vez de barrera fuerte.

Un peregrino más... ¡Vengan muchos! ¡Vengan a beber la savia de la inspiración bolivariana! ¡Venga aquí el hombre americano! ¡Venga el que quiera nutrirse de solidaridad continental! ¡Vengan, vengan, aquí está Bolívar, sólo su cuerpo ha muerto!

Coloquemos sobre su lecho, al lado de la bandera de Colombia, la bandera de América.

Por Alberto Masferrer  
Divulgación del Instituto  
Masferreriano.

Silencio es recordar que toda palabra tiene un hoy y un mañana; es decir, un valor de momento y un alcance futuro incalculable.

Silencio es recordar que el valor de la palabra que pronuncio no tanto viene de su propia significación ni de la intención que yo le imprimo, cuanto de la manera con que la comprende quien la oye.

Silencio es reconocer que los conflictos se resuelven mejor callando que hablando y que el tiempo influye más en ellos que las palabras.

Silencio es reprimir la injuria que iba a escapárenos, y olvidar la que nos infirieron.

Silencio es recordar que sería libre hoy si no hubiese dicho la palabra de ayer, y que la palabra de hoy será mi cadena de mañana.

Silencio es recordar que si hubiese diferido una hora sola mi juicio sobre tal persona o suceso, en esa hora pudo llegar un dato nuevo, que hiciera variar aquel juicio temerario y cruel.

Silencio es recordar que el simple hecho de repetir lo que otros dicen; es formar la avalancha que luego arrastra la reputación y la tranquilidad de los demás.

Silencio es no quejarse, para no aumentar las penas de los otros.

Silencio es decir hice, en vez de haré.

Silencio es recordar que la palabra al pronunciarse, se lleva una parte de la energía necesaria para realizar la idea que aquélla encarna.

Silencio es no exponer la idea o el plan a medio concebir, ni leer la obra en borrador, ni dar como criatura viviente lo que apenas es un anhelo.

Silencio es la semilla, y por eso germina.

Silencio es la raíz, y por eso sostiene.

Silencio es la savia, y por eso alimenta.

Silencio es recordar que si para nuestras cuitas y esperanzas es nuestro corazón un relicario, el corazón ajeno puede ser una plaza de feria y hasta un muladar.

Silencio es el capullo donde la oruga se cambia en mariposa, y silencio es la nube donde se forma el rayo.

Silencio es concentrarse, seguir la propia órbita, hacer la propia obra, cumplir el propio designio.

Silencio es meditar, medir, pesar, equilibrar y acrisolar.

Silencio es la palabra justa, la intención recta, la promesa clara, el entusiasmo refrenado, la devoción que sabe a dónde va.

Silencio es ser uno mismo, y no tambor que resuena bajo los dedos de la muchedumbre.

Silencio es tener un corazón de uno, un cerebro de uno, y no cambiar de sentimientos o de opinión porque así lo quieran los demás.

Silencio es hablar con Dios antes que con los hombres, para no arrepentirse después de haber hablado.

Silencio es hablar uno calladamente con su propio dolor, y contenerlo hasta que se convierta en sonrisa, en plegaria o en canto.

Silencio es, en fin, el reposo del sueño y el reposo de la muerte, donde todo se purifica y se restaura, donde todo se iguala y se perdona.

## Vericuetos en la administración de justicia

Por doctor Miguel Ángel Gómez

En un tribunal hartado conocido por su peculiar manera de conceder o negar la libertad individual, no ha muchos días fundamentados, su juez y secretario, en la figura jurídica, inconstitucional y temeraria, del requerimiento judicial, se decretó y ejecutó la detención de un ciudadano sobre cuyo honor y buena fama no podríamos hablar.

Ejerciendo nuestro sagrado ministerio recurrimos en defensa del detenido y encarcelado, a solicitud de persona conocedora de nuestro actuar en delitos semejantes al que se le imputaba al buen amigo con quien nos dijo tener algo en común que aún no podemos determinar.

Llegamos al tribunal, estudiamos la causa, pactamos honorarios, aceptamos el caso y como en aquel momento llegaba el reco escotado por agentes de seguridad y seguido por su desesperada madre, para asistirlo hablamos con el juez, quien de inmediato ordenó se nos tuviese como defensores del reo y se nos permitiese cumplir con nuestro cometido.

Escuchamos perfectamente bien la declaración del imputado, quien dijo no hacerse cargo de la patafala, pues él había cumplido totalmente con su obligación coincidiendo así con su denunciante, pues éste aceptó en su escrito estar satisfecho del cumplimiento que entonces se confirmaba; sin embargo, por un mal consejo y el deseo de un mayor provecho, sin documento alguno habló de una sociedad, de dividendos y de otras cosas sobre las cuales se le había engañado, lo cual dio margen a que se cometiese la arbitrariedad.

Fundamentos en la ley penal y en la Constitución solicitamos la inmediata libertad del encausado, planteándole además, verbalmente al juez, la injusticia; quien al escucharnos y manifestar que no recordaba el caso, ordenó al secretario le presentase la causa y después de hojearle le dijo que resolviera inmediatamente.

Transcurrió la audiencia, pasaron dos, tres, cuatro y más días; mientras, el teléfono de la madre del reo, según su decir, sonaba y sonaba y cuanta vez hablaba se le decía que para que saliese la resolución era necesario tal cantidad de dinero para quien había de resolver, la que fue menguando poco a poco, pues nuestro consejo fue no atender aquella voz.

Ante el retardo, recomendamos la exhibición personal, pero aquella ya por culpa de uno, ya por culpa de otro caminaba al ritmo del tribunal. Así pasó una semana, pasó otra, y llegó la desesperación. Entonces se operó el milagro de la libertad al interceder un estimado colega empleado del gobierno a tiempo completo. Las puertas de la cárcel se abrieron de par en par y fue en aquel momento que la madre del reo nos confesara que por medio de tan "buen abogado" se le había pagado no sé a quién qué cantidad de dinero y que por eso le era imposible cancelarnos el resto de nuestros honorarios.

Cosas veredes, amigo Sancho, pero lo cierto es que tales son los caminos de la justicia en El Salvador.

## Restauramos los edificios, jamás los reestructuremos

Por Julio C. Castro

Con sumo agrado he leído la crónica "Actualidades desde San Francisco", de don Mario Dutriz, sección publicada en este mismo diario, en la edición del jueves 22 de julio ppdo., pues se refiere al hecho de que en los Estados Unidos ha despertado entusiasmo la idea de "restaurar" los edificios y casas antiguas, pues con ello se piensa que hay que conservar las distintas tendencias de cada época en cuestiones arquitectónicas.

Pero el párrafo que más me ha llamado la atención es cuando dice:

"Cuando estuvimos en Viena, tuvimos oportunidad de ver el magnífico trabajo de restauración que se hizo en el Teatro de la Opera, que fue parcialmente destruido durante un bombardeo aéreo poco antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial. La obra es tan perfecta que ni aun sabiéndolo, se pueden hallar vestigios de las reparaciones".

Don Mario Dutriz escribe así inspirado por la noticia de que nuestro Teatro Nacional está siendo objeto de reparaciones, pero más no sabe que el esplendor de antaño ha desaparecido de esa reliquia y que sólo el de Santa Ana conservará intacta su estructura original, pues los santanecos han sabido luchar por conservar lo tradicional de su pueblo y no admiten reestructuraciones en sus edificios y mucho menos en su bello teatro que es una obra de arte de otros tiempos, como era el de San Salvador.

Hace ya algunos meses yo también escribí algo sobre ese tema, pero no fue publicado y entre mis conceptos decía lo siguiente:

Actualmente se está cometiendo, por ejemplo, un gran pecado al reestructurar en vez de restaurar nuestro histórico Teatro Nacional. Se han destruido todos aquellos adornos que simbolizaban un estilo del siglo pasado, pues ese teatro, así como el de Santa Ana, representan un estilo que debió haberse respetado. Y si tratamos de examinar otras grandes innovaciones que se le hacen a algunos edificios antiguos, veremos que como si existiera una tendencia de querer borrar lo bello, lo elegante, lo confortable, lo funcional como se hizo, por ejemplo, con el viejo edificio del Hospital Bloom, cuyos ventanales que daban hacia el norte, se redujeron a la mitad, cuando nuestros arquitectos del pasado hacían esos ventanales o balcones de una altura suficiente para que entrara aire y luz a las habitaciones. Se observará en muchas casas construidas hace ya más de 60 años que sus balcones eran hasta el piso, por esa tendencia de lograr mayor luz y más confort. Ahora es lo contrario, las ventanas son pequeñas con el tal Solaire, pero se hacen así, porque los techos de las nuevas viviendas se pueden tocar empujándose un poco, pues las casas apenas tienen de altura lo que tienen de alto las puertas de entrada. En fin que nuestras modernas construcciones han ido cada vez liliupitándose en vez de agigantarse como lo demanda nuestro clima tropical.

Don Mario Dutriz nos dice, además, en otro párrafo de sus crónicas lo siguiente: "Hace unos años, aquí en San Francisco se orga-

— Pasa a la página 37 —